



Por los caminos del éxodo

SUMARIO

**Enero-Junio
2025**

EDITORIAL

- 3 El coraje de la alegría
Anna Fumagalli

MIGRACIÓN

- 7 Puertas abiertas
y no muros
Luisa Deponti

ESPIRITUALIDAD

- 12 Miradas que se cruzan
Giuliana Fusi

TESTIMONIO

- 14 Abriendo los ojos
Béatrice Panaro

COMPARTIR

- 18 Vietnam: semillas
de convivialidad
Bianca Maisano

ACTUALIDAD

- 23 Buenas razones para
no resignarnos a la
guerra y la injusticia
Prof. Mauro Magatti

FAMILIA SCALABRINIANA

- 26 Un día para
compartir en comunión

- 27 PRÓXIMAMENTE



Edición en español

Misioneras Seculares
Scalabrinianas
C. Comercio y Admon. 17
Col. Copilco Universidad
Alcaldía Coyoacán
04360 Ciudad de México
Tel.: (55) 56589609
mexico@scala-mss.net
www.scala-mss.net

*

Fotografías e imágenes:
Portada y p. 3-6, 13-14, 23,
25: Pixabay; p. 7-11, 16-22,
27: Archivo de las Misioneras
Seculares Scalabrinianas;
p. 12: © ProtoplasmaKid /
Wikimedia Commons / CC
BY-SA 4.0; p. 15: Misioneros
de la Consolata; p. 26: Familia
Scalabriniana.

*

Agradecemos a los amigos
que colaboraron en esta
edición y a todos los que
nos apoyan con su
contribución libre
para cubrir los costos
de impresión y envío.

*

Las Misioneras Seculares
Scalabrinianas,
Instituto Secular
en la Familia Scalabriniana,
son mujeres consagradas
llamadas a compartir
el éxodo de los migrantes.
Publican este periódico
en cinco idiomas
como instrumento
de diálogo y de encuentro
entre las diversidades.



EDITORIAL

El coraje de la alegría

Por nuestra fe en Jesucristo, quien murió por amor y resucitó, podemos creer que la vida ha triunfado y que la muerte ya no tiene la última palabra. ¡Esta fe se convierte realmente en motivo de alegría!

Y, sin embargo, hoy se necesita valentía para hablar de alegría, y aún más para vivirla y dar testimonio de ella. ¿Cómo se puede hacer eso ante todo lo que sucede en el mundo? Nos sentimos desorientados e impotentes. Pero no es sólo la preocupación por el futuro de la humanidad lo que impide que la alegría tenga espacio en nosotros y entre nosotros. Por supuesto, siempre encontramos motivos para estar insatisfechos con nosotros mismos y con los demás. Pero no es sólo esto. El hecho es que se necesita más valentía para dar rienda suelta a la alegría en nuestros corazones que a la tristeza. Lo que el Papa Francisco, a quien recordamos con profunda gratitud, ha

señalado muchas veces al hablar del consuelo que viene de Dios, también lo podemos decir de la alegría, fruto del Espíritu Santo: “Es curioso, pero muchas veces tenemos miedo a la consolación, de ser consolados. Es más, nos sentimos más seguros en la tristeza y en la desolación. ¿Saben por qué? Porque en la tristeza nos sentimos casi protagonistas. En cambio, en la consolación es el Espíritu Santo el protagonista”¹. Es significativo que desde el inicio de su pontificado el Papa Francisco haya invitado a todos a proclamar la alegría del Evangelio que: “llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús”².

Dos textos bíblicos muy diferentes, pero estrechamente relacionados, pueden ayudarnos a comprender más profundamente el don de la alegría que viene de Dios.

El primero se encuentra en una carta del apóstol Pablo a los cristianos de Corinto: “Dios ama al que da con alegría” (cf. 2 Cor 9, 6-10). Son pala-



bras sencillas y claras. Me gustan porque sorprenden. Normalmente asociamos espontáneamente la alegría con recibir (pensemos en la experiencia de recibir un regalo, una buena noticia, una buena calificación...); pero aquí, en cambio, está relacionada con dar. Nos encontramos, por tanto, ante una afirmación valiente, a contracorriente... y esto puede resultar interesante. Por otro lado, tras la sorpresa inicial, esas sencillas palabras pueden despertar en

nosotros cierta inquietud: “¿No es demasiado exigente este Dios que no sólo nos pide dar, sino también dar con alegría?”.

En este punto, vale la pena detenerse y reflexionar sobre nuestra experiencia: ¿nunca nos ha pasado dar y experimentar tanta alegría al hacerlo? Creo que todos nosotros, de una forma u otra, podemos decir: “Es cierto, es posible dar con alegría, dar y ser felices de haber dado”.

1 Papa Francisco, *Angelus*, 7 de diciembre de 2014.

2 *Evangelii Gaudium*, 1.



Sabemos que los textos bíblicos son el testimonio del Dios-con-nosotros, del Dios-para-nosotros. Y cuando decimos “Palabra de Dios”, nos referimos a la Palabra de Aquel que nos ha pensado y querido y, por tanto, de Aquel que conoce bien nuestro corazón. No lo olvidemos: cuando en la Biblia encontramos afirmaciones algo exigentes, fuertes, incómodas... ¡nunca son contra nosotros! Son las palabras de alguien que nos conoce bien y sabe lo que nos hace felices.

El segundo texto procede de uno de los profetas del Antiguo Testamento, Sofonías. De él sólo tenemos un librito de unas pocas páginas, al final del cual encontramos estas afirmaciones: *“Aquel día se dirá a Jerusalén: ¡No tengas miedo, Sión, no tiemblen tus manos! El Señor tu Dios está en medio de ti, ¡un poderoso salvador! El exultará de gozo por ti, te renovará por su amor; danzará por ti con gritos de alegría, como en los días de fiesta”* (Sof 3, 16-18).

¿Nos damos cuenta? Aquí dice que Dios es alguien que grita de alegría. ¡Es increíble! Cuando pienso en quién podría gritar de alegría, lo primero que me viene a la mente son los niños, luego los jóvenes —pero solo cuando están un poco eufóricos...— y, sin duda, los aficionados cuando celebran la victoria de su equipo. Pero aquí estamos hablando de Dios, un Dios que grita de alegría... ¿y por qué? Por nosotros, por cada uno de nosotros, hasta por mí, tal como soy, con mis talentos y también con mis defectos y limitaciones.

Nunca en la Biblia Dios había gritado. Aquí dice que lo hace y no para amenazar ni regañar, sino para celebrar con nosotros, para asegurarnos que su amor puede renovar nuestra vida: *“Él exultará de gozo por ti, te renovará por su amor; danzará por ti con gritos de alegría”*. ¡Nadie antes del pequeño profeta Sofonías se había atrevido a pensar que Dios pudiera decir palabras tan audaces!

La Biblia no deja de sorprendernos, incluso cuando se trata de la alegría. Y estos dos textos son, sí, muy diferentes, pero están profundamente conectados. ¿En qué sentido?

Todos experimentamos que dar puede cansarnos, que podemos llegar a tener miedo de quedarnos con las manos vacías. Y entonces empezamos a medir: un día damos, al día siguiente no damos, o damos hasta cierto punto, pero luego ponemos límites. Sin embargo, esto nos entristece. Y surge la pregunta: ¿cuál es el secreto de una vida capaz de donarse siempre con alegría? La pregunta sigue abierta; la respuesta hay que descubrirla confiando en la Palabra de Dios.

Sin embargo, una cosa es fundamental: no olvidemos que se nos da la oportunidad de vivir cerca de una cascada. Sí, creo que el amor de Dios por nosotros —como lo describe el profeta Sofonías en la Biblia— se compara con una cascada de agua fresca, buena y abundante, de la que podemos beber en cada momento de la vida. Si no nos alejamos de la cascada, nunca nos faltará agua. ¿Cómo no sentirnos llenos de gratitud y alegría por esta certeza en la que podemos confiar en cada situación?

Anna





Puertas abiertas y no muros

En uno de los Encuentros Interculturales que se llevan a cabo periódicamente en el Centro Internacional *J.B. Scalabrini* de la Ciudad de México, estuvieron presentes más de treinta participantes de siete nacionalidades: Nicaragua, Haití, Colombia, Rusia, Irán, Italia y México. Las edades y experiencias migratorias eran varias: personas solicitantes de asilo y refugiadas, estudiantes internacionales, personas de origen extranjero que viven aquí desde hace años, una joven italiana y un joven colombiano voluntarios en una Casa del migrante de los Misioneros Scalabrinianos... Y luego jóvenes y adultos mexicanos, algunos originarios de la Ciudad de México, y otros migrantes internos por trabajo o estudio. Las religiones también eran diferentes: cristianos católicos, evangélicos, ortodoxos... algunos sin religión.

El Centro Internacional es nuestra casa como Misioneras Seculares Scalabrinianas y para acoger los Encuentros Interculturales -así como otros even-



tos-, cuando es necesario por el número de participantes, movemos mesas y sillas, aprovechamos el jardín... Pero cada vez hay también un movimiento, una búsqueda: ¿cuál es el objetivo de este encuentro? ¿Qué nos une, si no siempre podemos referirnos a una fe común?

Los Encuentros Interculturales se iniciaron en 2023 y tenían como objetivo inicial facilitar la conversación en español entre personas migrantes no hispanohablantes y amigos mexicanos, a través de actividades lúdicas

y dinámicas de intercambio. Después se buscó fomentar el conocimiento de las diferentes culturas presentes, visitar algunos lugares de la Ciudad de México, vivir tradiciones típicas locales como el Día de Muertos o la Posada y, por supuesto, probar comidas típicas de los diferentes países.

Sin embargo, hay *algo más*: se producen *encuentros*, se crean vínculos, para algunas personas existe la posibilidad de salir del aislamiento y recobrar algo de esperanza. De hecho, detrás de unos de nuestros amigos hay historias muy difíciles. Los nombres de los países de origen de los participantes que se han alternado en los dos últimos años -a los que podemos añadir Alemania, Argentina, Cuba, Venezuela, Honduras, Ucrania- nos hablan en varios casos de migraciones forzadas, debido a persecuciones políticas o a condiciones de extrema violencia e inseguridad. La integración en México para algunos es un proceso lento y arduo, para otros la huida ha significado una ruptura radical de los lazos con su país, su familia, su vida anterior, con la perspectiva de no poder regresar jamás. Todo esto tiene profundas consecuencias para las personas.

Para nuestros amigos mexicanos, los Encuentros Interculturales son una oportunidad para descubrir la riqueza humana y cultural que aportan los

migrantes presentes en esta megalópolis, los cuales no son sólo las caravanas de extranjeros que han atravesado México en los últimos años en camino hacia los Estados Unidos, sino son personas que tienen un rostro y una historia.

Desde enero, Estados Unidos se ha convertido para muchos en un destino inalcanzable y ya está cambiando el panorama migratorio aquí en México, aunque es muy pronto para saber cómo evolucionará la situación. En las Casas del Migrante nos encontramos con familias extranjeras que han llegado aquí con la intención de alcanzar EE.UU. El sueño americano se ha derrumbado y algunos intentan reunir el dinero para regresar a su país. Pero no todos pueden, basta pensar en la situación de Haití. En consecuencia, para muchos se hace inevitable encontrar un 'plan B', es decir, quedarse en México, que de país de tránsito pasa a convertirse en país de destino. Cuestiones como la regularización migratoria cobran relevancia y muchas personas recurren a la solicitud de asilo, con tiempos de espera cada vez más largos y pocas garantías y derechos. A esto se suma la búsqueda de vivienda, de trabajo, el aprendizaje del idioma para quienes no hablan español, la integración de los niños en las escuelas, el acceso al sistema sanitario...

En esta nueva situación, la sensibilización de la población local cobra aún más importancia. El país no está exento de problemas: violencia, delincuencia organizada, persistencia de desigualdades socioeconómicas... Muchos se preguntan cómo es posible acoger a inmigrantes extranjeros. Sin embargo, hay oportunidades, espacios para la inclusión. Es crucial luchar contra la discriminación y la xeno-



fobia y reconocer a todos como personas, seres humanos con derechos y deberes, ciudadanos que pueden contribuir al bien de la sociedad.

A través de iniciativas de formación en universidades, en grupos parroquiales y juveniles y en el Centro Internacional *J.B. Scalabrini*, damos continuidad a esta labor de sensibilización, con especial atención al acompañamiento de algunos voluntarios que apoyan en las Casas del Migrante.

Es un granito de arena ante tantos desafíos, pero afortunadamente colaboramos con la Familia Scalabriniana, con otras asociaciones e instituciones, eclesiales y de diferente tipo. Según nuestra vocación, la misión se realiza a través de las relaciones con las personas que encontramos y con las que compartimos la vida cotidiana.

“Jesús no es un muro que separa, sino una puerta que nos une” dijo el Papa León XIV en una audiencia (14 de junio de 2025) con el título igualmente significativo: “Esperar es conectar”. Estas palabras nos recuerdan que, como Cristo vivió, también nosotros, que hemos recibido su Espíritu en el bautismo, podemos, a través de nuestras personas, convertirnos en puertas de esperanza, en puentes de conexión, allí donde puede haber soledad, abandono, indiferencia o incluso conflicto.

Durante el último de los Encuentros Interculturales, recordamos que los cristianos creen en la presencia del Espíritu Santo, el Espíritu de Dios, que puede crear unidad y armonía entre las diversidades, si halla corazones abiertos al amor. A continuación, confiamos a cuatro amigos mexicanos, procedentes de otros Estados del país, la tarea de presentar sus Estados de origen (Chiapas, Estado de México, Guerrero y Michoacán) con un juego en el que se destacaran sus bellezas naturales, su riqueza y diversidad cultural, pero también algunas de las iniciativas de paz y solidaridad presentes localmente. Repartidos en grupos, los par-



participantes siguieron un recorrido en cuatro etapas. Todos pudieron descubrir algo nuevo y al final continuar el intercambio en un momento festivo.

Una estudiante de la Escuela Nacional de Trabajo Social, que había estado siguiendo un curso sobre migración durante los últimos meses, al final agradeció por haber podido vivir esta experiencia de encuentro personal. Un joven extranjero, que atraviesa un momento difícil debido a su situación, agradeció la invitación que le permitió ‘salir de casa’, donde últimamente se encontraba algo aislado. Un amigo ruso, que participa a menudo en estos encuentros y siempre da el primer paso hacia los demás, mantuvo un largo diálogo con un nuevo participante, procedente de Haití.

Son sólo pequeñas señales, que no pretenden resolver todos los problemas, pero que pueden cambiarnos por dentro, como un mensaje de esperanza que puede pasar de persona a persona y, realmente, convertirse en acción.

“Las diferencias, cuando el Soplo divino une nuestros corazones y nos hace ver en el otro el rostro de un hermano, no son ocasión de división y de conflicto, sino un patrimonio común del que todos podemos beneficiarnos, y que nos pone a todos en camino, juntos, en la fraternidad”¹.

Luisa

1 León XIV, *Homilía durante la Santa Misa en la Solemnidad de Pentecostés*, 8 de junio de 2025.





Miradas que se cruzan

En las calles de la Ciudad de México, donde vivo, millones de personas se cruzan, se rozan, se ignoran. Con paso rápido o distraído, cada uno sigue su propia trayectoria, se dirige hacia un objetivo y rara vez parece darse cuenta de los demás.

Sin embargo, es posible recorrer estas calles concurridas de otra manera, volviendo al sentido último del caminar humano por las calles del mundo y encontrando la mirada llena de misericordia de Dios, que es amor, relación. El Padre está en continua relación de reciprocidad con el Hijo y, en Él, con el hombre, con nosotros. De hecho, cada uno es acogido en esta totalidad de comunión.

Pero las calles de esta megalópolis, las calles del mundo, están repletas de «aislados», personas solas que suplican una mirada, una relación de reciprocidad. Y es la mirada perdida de estas soledades la que parece interrogar a quienes pasan cerca y se alejan.

La atención a los últimos puede salvar nuestra vida, liberarla de las prisiones en las que nos defendemos del encuentro con Dios y de los encuentros con los demás. En el fondo, nos revelan a nosotros mismos y despiertan la vida a su sentido último, a su plenitud, que es el amor.

ESPIRITUALIDAD

Miles de miradas se cruzan sin verse, en la prisa, en la indiferencia, en el miedo. Y, sin embargo, mientras estamos inmersos en este ir frenético, el amor misericordioso de Dios nos alcanza precisamente allí, cuando en un momento «distráido», indefenso, los ojos de un pobre llegan a nuestro corazón. Si tendremos el valor de soportarlo, de detenernos en él y dejar que esa mirada nos penetre en lo más profundo, podremos reconocernos en esa pobreza que clama, podremos encontrar en ella reflejada toda nuestra vida, llamada a su verdadera sed de comunión.

Entonces puede nacer en nosotros una nueva sonrisa a la vida: una sonrisa que se convierte en esperanza, en amor activo y concreto por el otro, que ahora forma parte de mí y es «responsable» de mi apertura a la fraternidad. Él, solo, dependiente, sediento y hambriento de relación; él, rostro de Cristo, que nos interpela.

Somos enviados al mundo para embellecer, para hacer amables los rostros más duros, heridos por nuestras injusticias, para que juntos podamos abrirnos a la relación, ser amigos de Dios.

Estamos invitados a dejar espacio en nuestro corazón y en nuestra vida para que las personas que encontramos, las miradas que cruzamos con su dolor, no se conviertan en olvido, sino en presencias transformadoras: en nosotros y en el mundo. Vivir en presencia del dolor del mundo: esto es lo que se nos pide, para que la resurrección pueda penetrar y transformar todo con su nueva vida.

Giuliana





Abriendo los ojos

***D**urante un encuentro con jóvenes, Béatrice, misionera de origen italo-francés, habló sobre sus experiencias de compartir con migrantes y refugiados: su encuentro con las múltiples heridas de la humanidad en tránsito y su búsqueda de la verdadera alegría, una perla preciosa que se encuentra incluso en el duro terreno de la migración.*

En mi vida misionera, he conocido a muchas personas de todos los continentes, heridas por la violencia, la guerra, la dictadura, la injusticia y la pobreza, que tuvieron que abandonar su país. Arriesgaron su vida con la esperanza de una vida mejor. Durante varios años me encontré con ellos en Cáritas y en el Centro Internacional “J.B. Scalabrini” de Solothurn, Suiza.

Al llegar a Suiza, después de viajes muy peligrosos, muchos de ellos, de diferentes religiones, hacen una peregrinación para agradecer a Dios por estar vivos. La humillación forma parte de su vida diaria, incluso en el país de acogida. Me impresiona su valentía: empiezan de cero con un nuevo idioma, costumbres y leyes diferentes. Deben encontrar vivienda, formación profesional y trabajo para mantener a sus familias aquí y en su país.

Otros refugiados reciben una orden de deportación del gobierno. Deben abandonar Suiza y no tienen adónde ir, sin perspectivas de futuro. ¡Qué fracaso después de haber invertido tanto y arriesgado sus vidas! ¡Qué humillación! Durante doce años, en una oficina de la Iglesia en la región de Berna, pude darles acompañamiento socio-pastoral en la medida de lo posible. En cada encuentro, expresaban su gratitud a Dios, quien los man-

TESTIMONIO

tuvo con vida durante la travesía del Sahara y el Mediterráneo. No tienen permiso de residencia y viven al día, confiando en Él.

Cada vez que hablo con ellos, me pregunto: ¿qué pasaría si yo estuviera en la misma situación? No niego que su estilo de vida me abre los ojos a lo esencial. Me pregunto, como escribe San Pablo: *“¿Qué tienes que no hayas recibido?”* (1 Cor 4, 7). En cambio, yo le doy tanta importancia a mi agenda, a hacer bien lo que se me confía: a organizar, a planear (como aprendí en Suiza) ... pero como si mucho dependiera de mí.

Hace tres años, recibí un nuevo envío misionero a Agrigento (en Sicilia, sur de Italia), adonde llegan migrantes y refugiados tras cruzar el Mediterráneo. Posteriormente, iniciamos una presencia experimental en Marruecos, punto de tránsito para muchos africanos subsaharianos que han recorrido diversos países y desiertos. Quieren cruzar el Mediterráneo o el Atlántico para llegar a Europa. Son adolescentes, mujeres y niños no acompañados. Durante un año, los atendí en la catedral de Rabat. Allí son acogidos y escuchados:





pueden comer, descansar, lavarse, vestirse y recibir cuidados. No puedo negar que me impactaron mucho las condiciones de vida y de migración de estos jóvenes y me impresionó su valentía al intentar cruzar a cualquier precio, impulsados por la esperanza.

Cuando estaba en Marruecos, ocurrió algo inesperado: me atropelló un coche y quedé gravemente herida. Algunas personas me ayudaron. Inmediatamente pensé en los migrantes y refugiados que no tienen a nadie que llame una ambulancia, pague el hospital o los

lleve a urgencias. Por primera vez, comprendí la profunda gratitud de los refugiados que se salvaron en el desierto o en el Mediterráneo. ¡Yo también fui salvada! Al borde del camino, me sorprendió la presencia de Jesús crucificado en mi cuerpo herido. El dolor me llevó a acogerlo. Así como el Hijo de Dios está dentro de mí, más íntimo que yo misma, así también está



presente en todos los seres humanos que pueblan la tierra. A su manera, Dios cuida de cada uno, incluso enviando a innumerables colaboradores suyos para estar cerca de los hambrientos, sedientos, forasteros, desnudos, enfermos y en prisión (cf. Mt 25, 35-36).

Gracias a mi comunidad de Misioneras Seculares Scalabrinianas, regresé a Suiza para recibir tratamiento. Me sorprendió la fortaleza que podía sentir en mi gran debilidad: *la alegría del Señor es tu fuerza* (cf. Nehemías 8, 10).

En aquellos días, me di cuenta de que se me abrieron los ojos a la verdadera vida: el don de la fe que recibí de mi familia, alimentado por la comunidad de las Misioneras con su testimonio, pero también por los sacramentos, la palabra de Dios, la esperanza y la valentía de los migrantes y refugiados, e incluso a través del accidente...

Puedo decir con certeza que la alegría no depende de mí ni de las circunstancias. La alegría del corazón nace de la experiencia de que Dios es nuestro Padre, que su Hijo, nuestro compañero inseparable, nos salva, y que el Espíritu Santo, que habita en nosotros, teje relaciones fraternas entre nosotros. La alegría del corazón radica en reconocer la presencia de nuestro Dios Trino cada día y vivir nuestra vida diaria CON Él.

Béatrice





Vietnam: semillas de convivialidad

Bianca, misionera en Ciudad Ho Chi Minh (Vietnam), describe algunos momentos de su viaje fuera de la metrópoli, a una región montañosa y verde: una oportunidad para conocer más a fondo la riqueza de la cultura vietnamita.

Es temprano por la mañana. Tengo que esperar casi dos horas en la estación de autobuses de Ciudad Ho Chi Minh. Un espacio para contemplar la humanidad que me rodea. Un regalo en el ajeteo incesante de esta megalópolis.

Encuentro la mirada de una mujer: bajo su típico sombrero cónico de paja, sus ojos aún *sonríen* a la vida que, incluso hoy, nos ha sido regalada. Y que nunca se puede dar por sentada. Esta mujer, como tantas otras, vende billetes de lotería a diario, confiando en la Providencia que conmueve los corazones de quienes la encuentran.

Mujeres que, con dignidad, evitan que sus familias se hundan en la pobreza sin fondo. El rápido ascenso económico de Vietnam, país destrozado por décadas, siglos de guerras, tiene un precio.

COMPARTIR

Un pueblo sin duda resiliente, decidido y acogedor. Estas cualidades especialmente son apreciadas en los países que atraen a los jóvenes vietnamitas para trabajar en determinados sectores, como la construcción, la hostelería e incluso el sistema de salud: profesiones que los jóvenes locales ya no quieren.

Por fin estoy de camino al centro de Vietnam, la provincia de Dak Nong, una región maravillosa con montañas y bosques intactos, donde se refugian algunos pueblos indígenas, en particular la etnia *Ma*, una de las 53 minorías



de este país: una etnia marginada. Aquí, la naturaleza ofrece mucho. Sobre todo, café y cacao, además de numerosos tipos de fruta y hierbas medicinales valiosas. Pero no basta para garantizar la subsistencia de todos; así que, también de esta región, emigran los que pueden. Un éxodo silencioso que sólo sale a la luz cuando uno se toma el tiempo de escuchar los sueños de los jóvenes y, a menudo, también las aspiraciones de sus familias.

Los jóvenes emigran sobre las alas de los sueños, podríamos decir, evocando las palabras de San J.B. Scalabrini¹. *Vuelos* que conllevan inversiones,

a menudo el endeudamiento de las familias y que, no pocas veces, se ven truncados por una explosión silenciosa e implacable.

Pero los que lo logran, además de la profesionalidad y la determinación que les caracterizan, también traen consigo los rasgos de una cultura que hasta hoy ha valorado las relaciones, el respeto, la solidaridad y la capacidad de compartir.

No es difícil darse cuenta de estas preciosas cualidades humanas que pertenecen a los vietnamitas. Experimentamos a diario cuánta acogida y solidaridad hay en sus corazones. También lo vemos entre los migrantes en la periferia de Ciudad Ho Chi Minh. A menudo, al anochecer, por el mercado cercano a casa, veo mesas y comida improvisadas en las estrechas callejuelas, que transforman la velada en una fiesta a la que, si quieres, estás cordialmente invitado.



Son momentos que aún nos sorprenden, después de más de siete años de presencia como misioneras en este barrio. El cansancio y el peso

1 “Emigran las semillas sobre las alas de los vientos, emigran las plantas de continente a continente, llevadas por la corriente de las aguas, emigran los pájaros y los animales, y, más que todos, emigra el hombre, a veces en forma colectiva, a veces en forma aislada, pero siempre instrumento de esa Providencia que preside a los destinos humanos y los guía, aun a través de catástrofes, hacia la meta, que es el perfeccionamiento del hombre sobre la tierra y la gloria de Dios en los cielos” (J.B. Scalabrini, *La emigración de los obreros italianos*, Ferrara, 1899).

del día se disipan con una sonrisa... un brindis en que se desea paz y salud. Y no puede faltar la música, mejor si es karaoke.

A través de estas relaciones cultivadas en la vida cotidiana se refuerza el sentido de pertenencia a una familia-comunidad que apreciamos cada vez más, considerando que la sociedad occidental ahora es mayoritariamente individualista y ha contaminado los rasgos más bellos de su cultura, crecida sobre raíces cristianas.

Esta *convivialidad* no es una actitud superficial, útil para ahuyentar los pensamientos y las preocupaciones, sino que nace desde dentro y saca a la luz algo profundamente humano que nos une como criaturas, más allá de las diferentes lenguas y culturas.

Lo experimento de nuevo precisamente en esta tierra verde de Dak Nong, donde finalmente he llegado. La acogida es practicada por católicos, protestantes, budistas y ateos con la misma naturalidad y hacia todos.



La familia que me acoge aquí (padres con un hijo de once meses y otro en camino), manteniendo abierta su puerta, se ha convertido en una familia donde *todos se sienten como en casa* y colaboran *para preservar y hacer crecer el bosque*.

Pensando en el Evangelio, me conmueve caminar por este bosque con los niños de la etnia *Ma*, armados con azadas para plantar nuevas semillas a lo largo del camino.

La pequeña escuela que los reúne cada día es realmente un lugar *generativo*. Descubro con ellos que la *convivialidad* es *una puerta abierta* en nuestra casa y, más aún, en nuestro corazón en cada momento de la vida. Una *puerta santa* que permite, a través de relaciones abiertas a todos, un

nuevo camino de esperanza para un futuro de paz.

Entonces pienso con nuevo asombro en la elección que comparten muchas iglesias vietnamitas, pero también los hogares de los católicos, de representar la última cena de Jesús.

No es casualidad para Jesús que nos dejara *el signo de la convivialidad* en el momento del sacrificio de Su vida. Es aquí donde se siembra *la semilla* más profunda de Su don.

Nos la deja para que, al vivirla, sigamos sembrándola. Al igual que los niños de la etnia *Ma*.



Bianca



Buenas razones para no resignarnos a la guerra y la injusticia

En un artículo¹, publicado en el periódico “Avvenire”, el sociólogo Prof. Mauro Magatti ofrece algunas reflexiones sobre el momento histórico que estamos viviendo y nos invita a no resignarnos, sino a alimentar nuestra esperanza. Publicamos aquí algunas partes del texto.

Ante la proliferación de la guerra como método para resolver las disputas políticas, el calentamiento global que amenaza las condiciones mismas de la vida en el planeta, las injusticias flagrantes que abren abismos entre privilegiados y excluidos, y el odio al extranjero y al diferente que alimenta el racismo y la xenofobia, la tentación de la resignación es fuerte. Desorientados y cansados, nos vemos empujados a bajar la mirada, pensando que todo esto es ya inevitable, casi escrito en un destino ineludible de la historia.

¹ Mauro Magatti, *Le buone ragioni per non rassegnarsi alla guerra e alle ingiustizie*, en *Avvenire*, 05/07/2025.

Esto es un engaño: porque aceptar pasivamente la violencia, la injusticia y la destrucción significa renunciar a lo que nos hace humanos, es decir, la capacidad de reaccionar, de imaginar alternativas, de construir un mundo diferente.

Sin embargo, la pregunta persiste: ¿cómo es posible que sociedades tan avanzadas —dotadas de extraordinarios conocimientos científicos, capacidades tecnológicas nunca antes vistas, enormes recursos económicos y un inmenso patrimonio cultural— revelen rasgos tan arcaicos?

¿Cómo es posible que, mientras enviamos sondas a Marte (...), las hambrunas sigan devastando continentes enteros, la gente muera de hambre y sed a las puertas de ciudades opulentas, y se erijan muros contra quienes huyen de guerras y desastres?

Esta contradicción —entre el nivel alcanzado por nuestras sociedades y la brutalidad de tantas de nuestras acciones— es uno de los mayores escándalos de nuestro tiempo. Y nos dice algo importante: que la civilización no es sólo cuestión de técnicas y riqueza. La civilización es cuestión de visión, valores y relaciones. Se puede poseer la tecnología más sofisticada y usarla para destruir; se puede acumular riqueza sin respetar a los que quedan atrás; se puede tener acceso a información infinita sin volverse más sabio. Por lo tanto, el crecimiento económico no basta para salvar el mundo, como tampoco basta la tecnología.

(...) Las maravillas de la ciencia y de la economía pueden coexistir con el abismo moral, pueden incluso alimentarlo, cuando no están guiadas por una idea superior de humanidad. Ante esta amarga conciencia, la resignación no se impone necesariamente. Al contrario, es posible leer en medio de tantos desastres un mensaje de esperanza.

Justo este tiempo, marcado por profundas heridas, nos urge a un cambio más radical: la superación de las visiones dualistas que separan la razón instrumental de la sabiduría espiritual. (...)

Es precisamente la separación entre conocimiento técnico y sabiduría moral la raíz de nuestras contradicciones. Es lo que nos ha permitido desarrollar tecnologías capaces de mejorar la vida de muchos, pero también de destruir ecosistemas y sociedades. De alimentar una economía que crea riqueza para unos pocos mientras abandona a las masas en la miseria. (...) Superar esta fractura significa redescubrir nuestra humanidad más pro-

funda, aquella que no se conforma con cálculos utilitarios, sino que sabe reconocer y dar vida a valores y significados.

Significa reunir la razón que nos hace eficientes y la sabiduría que nos guía, la capacidad de innovar y la capacidad de cuidar. En definitiva, significa restaurar lo que hemos roto: la unidad entre pensamiento y sentimiento, entre individuo y comunidad, entre seres humanos y la tierra. Este es el camino que estamos llamados a seguir, más aún en la era de la Inteligencia Artificial.



En un mundo donde las viejas recetas ya no funcionan, donde el crecimiento económico por sí solo no trae justicia y la innovación tecnológica por sí sola no trae paz, lo que más se necesita cultivar es una cultura de responsabilidad, cuidado y solidaridad. Por lo tanto, existen buenas razones para no rendirse. Es precisamente en la alianza entre la claridad de la razón y la profundidad de la sabiduría espiritual que es posible romper las cadenas de la violencia, restablecer el equilibrio del planeta, sanar las injusticias y acoger a los demás como parte de nosotros mismos. Esto no es un sueño ingenuo: es el desafío más concreto y necesario que nos presenta nuestro tiempo. Está en nuestras manos aceptar el reto.

Mauro Magatti

Un día para compartir en comunión con toda la Iglesia durante el Año Santo

*E*l sábado 21 de junio tuvo lugar en Roma el encuentro anual de las Direcciones Generales de los tres Institutos de Vida Consagrada de la Familia Scalabriniana, coordinada este año por las Misioneras Seculares Scalabrinianas. Durante la intensa mañana de compartir, nos escuchamos, en un clima de “familia”, sobre las prioridades de cada Instituto y los criterios que las motivan, algunos frutos de la misión y también algunas preocupaciones. Por la tarde emprendimos una peregrinación especial con tres etapas: una visita en la sede de las Misioneras Seculares, la celebración de la Santa Misa en la Casa General de las Hermanas Misioneras y... un *Churrasco* en la Casa General de los Misioneros, junto a un grupo de jóvenes Misioneros presentes en Roma para el mes de formación.



PRÓXIMAMENTE

*Encuentros
interculturales*



*Reuniones de oración,
intercambio, testimonios*



*Voluntariado en
Casas del Migrante*



¡Síguenos en nuestras redes sociales!

*mexico@scala-mss.net
www.scala-mss.net
www.scala-centres.net*

scalabrini_centres

CI Scalabrini



SUIZA

Internationales Bildungszentrum für Jugendliche Scalabrini
Baselstr. 25 - 4500 SOLOTHURN
Tel.: 0041/32/6235472
ibz-solothurn@scala-mss.net

Missionarie Secolari Scalabriniane
St. Galler-Ring 184 - 4054 BASEL
Tel.: 0041/61/2831155 - basel@scala-mss.net

ALEMANIA

Missionarie Secolari Scalabriniane
Neckartalstr. 71 - 70376 STUTTGART
Tel.: 0049/711/541055 - stuttgart@scala-mss.net

Centro di Spiritualità
Landhausstr. 65 - 70190 STUTTGART
Tel.: 0049/711/240334 - cds.stuttgart@t-online.de

ITALIA

Centro Missionario Scalabrini
Via G. Mercalli, 13 - 20122 MILANO
Tel.: 0039/02/58309820 - milano@scala-mss.net

Missionarie Secolari Scalabriniane
Piazzale Gregorio VII, 65 - 00165 ROMA
Tel.: 0039/06/64017125 - roma@scala-mss.net

Missionarie Secolari Scalabriniane
Salita Sant'Antonio 18 - 92100 AGRIGENTO
agrigento@scala-mss.net

BRASIL

Centro Internacional para Jovens J.B. Scalabrini
Rua Jenner, 89, Bairro Liberdade
CEP 01526-030 SÃO PAULO - SP
Tel.: 0055/11/3208-0872 - saopaulo@scala-mss.net

MÉXICO

Centro Internacional Misionero-Scalabrini
Calle Comercio y Administración 17
Col. Copilco Universidad - Alcaldía Coyoacán
04360 CIUDAD DE MÉXICO
Tel.: 0052/55/56589609 - mexico@scala-mss.net

publicación de las

MISIONERAS SECULARES SCALABRINIANAS
Calle Comercio y Administración 17 - 04360 Ciudad de México

www.scala-mss.net